

La huella de la identidad femenina en la narrativa colombiana: una lectura psicoanalítica de género en *Sabor a mí* y *Las cuitas de Carlota*

The Trace of Female Identity in Colombian Narrative: A Psychoanalytic Reading of Gender in *Sabor a mí* and *Las cuitas de Carlota*

María Fernanda Teneche Sánchez

Universidad Universitat Pompeu Fabra, España

 <https://ror.org/04n0g0b29>

 <https://orcid.org/0000-0002-2739-3508>
mariafernandateneche@gmail.com

Reconocimientos: Artículo derivado de la tesis doctoral titulada “Configuración de la identidad femenina: su huella en la novela de formación colombiana”, desarrollada en el Doctorado en Humanidades de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona, España, calificada como excelente, con mención *Cum Laude* y nominada al Premio Extraordinario de Doctorado.

Cómo citar este artículo: Teneche Sánchez, M. F. (2026). La huella de la identidad femenina en la narrativa colombiana: una lectura psicoanalítica de género en *Sabor a mí* y *Las cuitas de Carlota*. *Estudios de Literatura Colombiana* 58, pp. 133-150. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.359855>

Editoras: Paula Andrea Marín Colorado
Vanessa Zuleta Quintero

SECCIÓN ARBITRADA
Recibido: 12/02/2025
Aprobado: 06/07/2025
Publicado: 31/01/2026

Copyright: ©2026 *Estudios de Literatura Colombiana*. Derechos patrimoniales, Universidad de Antioquia, 2026. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la **Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internacional**.



Check for
updates



La huella de la identidad femenina en la narrativa colombiana: una lectura psicoanalítica de género en *Sabor a mí* y *Las cuitas de Carlota*

The Trace of Female Identity in Colombian Narrative: A Psychoanalytic Reading of Gender in *Sabor a mí* and *Las cuitas de Carlota*

María Fernanda Teneche Sánchez, Universidad Universitat Pompeu Fabra, España



Resumen:

Este artículo examina las configuraciones de la identidad femenina en novelas contemporáneas escritas por autoras colombianas. El objetivo es analizar cómo ciertas protagonistas negocian su subjetividad en relación con mandatos e idealizaciones de género. El estudio se apoya en una perspectiva psicoanalítica, particularmente en teorías sobre la constitución del sujeto, el deseo y el conflicto con la ley simbólica, articuladas con los estudios de género y los análisis literarios. Se argumenta que, mientras algunas protagonistas reproducen discursos normativos internalizados, otras recurren al (auto)exilio como estrategia de ruptura con la tradición, lo que les permite reconfigurar su lugar en el orden social. El artículo aporta a la comprensión de los procesos de subjetivación femenina en contextos patriarcales y a la articulación interdisciplinaria entre el psicoanálisis y los estudios literarios, destacando cómo la literatura puede revelar formas complejas de resistencia, agencia y resignificación del lugar de las mujeres en el entramado cultural.

Palabras clave: identidad femenina; Silvia Galvis; Helena Araújo; literatura colombiana; psicoanálisis.

Abstract:

This article examines the configurations of female identity in contemporary novels written by Colombian women authors. Its objective is to analyze how certain protagonists negotiate their subjectivity in relation to gender mandates and idealizations. The study adopts a psychoanalytic perspective, particularly theories on the constitution of the subject, desire, and conflict with the symbolic order, articulated with gender studies and literary analysis. It argues that while some protagonists reproduce internalized normative discourses, others resort to (self-)exile as a strategy of rupture with tradition, allowing them to reconfigure their place within the social order. The article contributes to the understanding of female subjectivation processes in patriarchal contexts and to the interdisciplinary articulation between psychoanalysis and literary studies, highlighting how literature can reveal complex forms of resistance, agency, and the re-signification of women's place within the cultural framework.

Keywords: female identity; Silvia Galvis; Helena Araújo; Colombian literature; psychoanalysis.

Presentación

Este artículo examina la huella de la identidad femenina en las novelas *Sabor a mí* (1994) y *Las cuitas de Carlota* (2007) de las colombianas Silvia Galvis y Helena Araújo, respectivamente. Estas autoras son reconocidas por su aporte a la narrativa contemporánea y por su enfoque crítico en torno a temáticas sociales y de género. A través de la ficción, ambas escritoras problematizan los procesos de subjetivación de sus protagonistas en distintos contextos y momentos de sus trayectorias vitales, al visibilizar experiencias íntimas que cuestionan, denuncian y deconstruyen los estereotipos y mandatos patriarcales arraigados en la cultura tradicional y conservadora de su región. Estas novelas coinciden en estar contextualizadas en Colombia entre los años 1940 y 1960; un periodo en que la sociedad se debate entre la libertad, la restricción y el retorno de una mayor intervención de la Iglesia católica en espacios públicos y privados de la sociedad.

Desde un enfoque psicoanalítico de género, propongo un análisis del proceso de configuración de la identidad femenina de las protagonistas de estas novelas, guiado por la propuesta de Levinton (2000), la cual revisa críticamente la teoría freudiana —que presenta el desarrollo psíquico femenino como una variación del masculino—, y plantea que la identidad femenina —es decir, la representación interna de lo que se supone ser mujer— se estructura mediante procesos intersubjetivos mediados por mandatos de género que privilegian el cuidado, la dependencia emocional y la necesidad de aprobación. Esta dinámica da lugar a un superyó —una instancia psíquica encargada de “vigilar, comparar representaciones del sujeto con modelos ideales, juzgar, dictaminar qué deseos son lícitos y cuáles no, criticar, imponer coercitivamente ciertas normas, castigar, etc.” (Bleichmar, 1997, p. 299)—, caracterizado por la culpa y el temor a la pérdida del amor.

En este marco, la identidad femenina no se presenta como una esencia biológicamente dada ni como una entidad cerrada, sino como un proceso históricamente situado, dinámico, que se configura a lo largo del tiempo en diálogo con los mandatos sociales y las experiencias emocionales (Levinton, 2000, pp. 19-21). Desde esta perspectiva, el análisis se centra en los mandatos de género que interpelan a las protagonistas sobre lo que implica “ser mujer” en el contexto sociocultural colombiano del periodo en cuestión, especialmente, a través de los vínculos intersubjetivos que establecen con figuras significativas —en primer lugar, con la familia, y en particular con la madre—, así como con instituciones simbólicas como la escuela y la religión. Se explora también la forma en que las protagonistas se posicionan frente a estos ideales normativos y cómo tales relaciones contribuyen, de manera conflictiva, a la conformación de su identidad.

El presente trabajo ofrece un aporte interdisciplinario al articular los postulados del psicoanálisis —en particular, los desarrollos teóricos de Levinton— con el análisis literario, lo que permite observar cómo las normas culturales en torno a la feminidad se interiorizan y se reelaboran en contextos históricos y sociales específicos. La revisión bibliográfica revela que, si bien existen estudios sobre estas novelas centrados en la crítica social (Triviño, 2019; Sánchez, 2020), el contexto patriarcal, las relaciones familiares o los procesos de emancipación femenina (Uribe, 2000; Fayad, 2007; Contreras, 2025), son escasos los trabajos que abordan los mecanismos psíquicos implicados en la constitución subjetiva de las protagonistas. Asimismo, no se identifican análisis literarios que apliquen de forma directa el modelo teórico de Levinton a textos narrativos concretos, aunque su obra ha influido en investigaciones que examinan la construcción de la subjetividad femenina y los mandatos de género (Corbo, 2007; Errázuriz, 2012; Bilbao, 2023, entre otros). La propia Levinton (2000) ha desarrollado aportes significativos en la intersección entre literatura y psicoanálisis, como se observa en trabajos como *Estar yendo. Un viaje sin límites atravesando fronteras* (2013), *Autobiografía como autoficción en la literatura y en el psicoanálisis* (2016), y *Así que dejé mi nombre atrás... Acerca de una mujer entre muchas* (2018).

En coherencia con lo anterior, en primer lugar, sitúo el contexto histórico y cultural en el que se desarrolla la diégesis de las novelas, dado que la imposición de ideales naturalizados como propios de la feminidad se ve facilitada por las estructuras culturales dominantes. En segundo lugar, examino las instituciones simbólicas mediante las cuales se transmiten los mandatos de género a las protagonistas y se forjan sus vínculos intersubjetivos, con especial énfasis en la familia, la escuela y la religión.

Contexto de la transmisión de los contenidos de género

En el proceso de constitución subjetiva, la dependencia radical del ser humano al nacer implica una condición estructural: su supervivencia está ligada a la presencia de figuras adultas que aseguren su cuidado, alimentación, protección y afecto. Es en esta primera relación con los otros significativos —particularmente con quienes asumen la función de sostén emocional y físico— donde se inaugura la intersubjetividad y, con ella, la transmisión de normas, valores, creencias y modelos culturales que orientan la integración del sujeto en el entramado social. Este proceso, conocido como socialización, implica la incorporación de roles y expectativas de género definidos en términos binarios a partir del sexo asignado al nacer, lo cual condiciona tempranamente la experiencia del cuerpo, el deseo y la identidad.

Desde la perspectiva psicoanalítica de género propuesta por Levinton (2000), es precisamente en el seno de estos primeros vínculos donde se conforma el superyó femenino, instancia que regula la vida psíquica de las mujeres a través de la internalización de mandatos ligados al ideal de feminidad (p. 193). Este superyó se configura en función de los ideales culturales que dictan lo que “debe ser” una mujer, privilegiando valores como la abnegación, el cuidado, la dependencia emocional y la necesidad de aprobación. Así, la identidad femenina —concebida como ese conjunto particular de rasgos, creencias y lealtades que, a corto o largo plazo, le confieren al sujeto una personalidad y un modo de ser social coherente (Hall, 2004, p. 3)— se construye como una respuesta a estas exigencias, la cual genera una subjetividad atravesada por la culpa y el temor a la pérdida del amor.

En la sociedad colombiana de mediados de siglo xx —periodo en el que se sitúa la diégesis de las novelas—, la transmisión de estos contenidos de género se ve reforzada por una estructura social profundamente patriarcal y heteronormativa, en la que la Iglesia católica mantiene una influencia decisiva sobre la vida pública y privada. La familia y la escuela, como principales instituciones de socialización, operan en estrecha relación con esta doctrina religiosa, al moldear el ideal femenino bajo una visión conservadora y tradicional. Tal como se observa en los relatos de Ana Peralta, Elena Olmedo, Carlota y Elisa, estos espacios son fundamentales en la reproducción de una feminidad que restringe el deseo, domestica el cuerpo y suprime toda disidencia respecto del modelo normativo. No obstante, Galvis y Araújo ponen en evidencia la dualidad de una sociedad que se debate entre la libertad y la apertura a los avances tecnológicos e ideológicos y el deseo de mantener una política de restricción y control.

Un ejemplo de esto es la escena en que Rodrigo Peralta, el padre de Ana, manifiesta que todas las religiones y sus figuras de autoridad deberían desaparecer “del orbe terrestre” (Galvis, 1994, p. 59), porque son como “mazmorras que esclavizan el pensamiento y que el afán de sus afanes en la vida es atizar el fogón de las ideas perseguidas” (p. 59), a lo que Octavio Olmedo, padre de Elena, responde “que como colombiano respetuoso de la ley [Rodrigo] debía acatar la fe católica que es la de toda la nación” (p. 59). Esta escena pone de manifiesto, por un lado, que la religión católica está incrustada en las entrañas de las instituciones del Estado; por lo tanto, el dogma católico es la brújula moral que guía las acciones consideradas apropiadas y deseables (o no) de los habitantes del territorio. Por otro lado, muestra que el país vive un periodo de transición entre

La escuela, junto con la Iglesia, se convierte en un mecanismo de formación de subjetividades dóciles, donde las niñas aprenden a negarse como sujetos deseantes.

una sociedad que conserva la organización social heredada de la colonia, donde esta Iglesia ejerce control en casi todos los ámbitos sociales, y otra que busca el camino de la renovación, la actualización y la apertura a cambios como la libertad sexual, la inclusión de leyes que promuevan la igualdad y la ratificación de la capacidad de las mujeres para participar en todas las esferas sociales, entre otros.

Las protagonistas encarnan distintas formas de posicionamiento frente a estos mandatos. Ana y Elisa, a través de la escritura y el cuestionamiento activo, se rebelan contra el destino prescrito, mientras que Elena y Carlota adoptan posturas más sumisas, con las que internalizan los ideales sociales y se resignan al cumplimiento de los roles tradicionales, como el matrimonio con “un buen partido” dentro de su misma clase y raza. Estas tensiones reflejan no solo el conflicto entre tradición y cambio, sino también la pluralidad de formas en las que las mujeres negocian su subjetividad dentro de estructuras restrictivas.

En este escenario, la identidad femenina no puede entenderse como un hecho dado, sino como una construcción relacional e histórica, donde la experiencia emocional y los vínculos intersubjetivos juegan un papel determinante. Tal como señala Levinton (2000), el proceso de subjetivación está profundamente afectado por la manera en que las normas sociales son vividas e internalizadas por cada sujeto, las cuales generan respuestas que oscilan entre la sumisión, la escisión o la transformación simbólica de los mandatos recibidos (pp. 19-21). Desde esta perspectiva, el análisis que se desarrolla a continuación examina cómo, a través de la familia y la escuela, las protagonistas de ambas novelas reciben y

reconfiguran los contenidos de género en torno a su sexualidad, su cuerpo y su deseo, en una sociedad que todavía define lo femenino en términos de subordinación.

La familia

Aun hoy en día, durante las etapas de desarrollo y crecimiento, se incluye la instrucción sobre patrones y roles definidos por criterios biológicos, es decir, según se nazca con genitales femeninos o masculinos, al recién nacido se le transfiere información sobre una serie de conductas, actitudes y espacios inscritos en el medio como propias de cada uno. Justamente, en su propuesta, Levinton (2000) denuncia que la estructuración de la subjetividad femenina planteada por la teoría psicoanalítica clásica se determina “a partir de la psicosexualidad, en la que el componente psíquico está prioritariamente determinado por un predominio de la sexualidad” (p. 117). Bajo este paradigma, se otorga a lo biológico-masculino el rango privilegiado y se establece como el modelo de referencia, mientras lo femenino se constituye por oposición, derivación o carencia, con lo que se genera un modelo restrictivo de subjetividad.

Esta matriz cultural —que privilegia el mandato heteronormativo, la maternidad como destino y la subordinación del deseo femenino— se reproduce con fuerza en las representaciones familiares de las novelas de Galvis y Araújo. La familia, tal como se configura en estos relatos, responde a un ideal conservador: compuesta por un hombre y una mujer unidos por el sacramento católico, en un vínculo heterosexual, monogámico, indisoluble y orientado a la reproducción. Esta estructura no solo regula el comportamiento, sino que legitima un orden simbólico que adjudica a las mujeres roles centrados en el matrimonio y la maternidad. Como sostiene Lagarde y de los Ríos (2011), “desde el nacimiento y aun antes, las mujeres forman parte de una historia que las conforma como madres y esposas” (p. 377). Por tanto, lo esperado es que las señoritas de la alta sociedad en edad de casarse hagan un “debut en sociedad” que se lleva a cabo en una fiesta organizada en el Club. Allí, las adolescentes tienen “el oficio de buscar novio” (Araújo, 2007, p. 10) que las lleve al altar.

El objetivo del casamiento responde a un sistema de alianzas entre familias donde el amor, el deseo y la autonomía no son prioridad y donde la mujer se presenta como mercancía de intercambio. Así las cosas, lo primero es asegurar que ambas familias pertenecen a la misma clase social. Elena lo confirma con su madre: “Mami, ¿tú estás de acuerdo en eso de que uno debe casarse con alguien de su categoría y no [...] con un empleadito pobretón?” (Galvis, 1994, p. 243); la madre responde: “Así

es Elenita [...], cada oveja con su pareja” (p. 243). Además de revisar la situación económica de la familia, también se considera su origen, raza y reputación. De esta manera queda explícita la naturalización de la desigualdad como parte del proceso de socialización de mujeres y hombres.

Tal como plantea Levinton (2000), el género opera como un sistema de regulación simbólica que idealiza determinados atributos y censura severamente cualquier desviación del código hegemónico de feminidad y masculinidad (p. 118). Dentro de este marco, las figuras maternas en ambas novelas encarnan el mandato cultural de sumisión a los roles tradicionales. Ana y Elena describen a sus madres como mujeres que han dejado la vida que llevaban como solteras para buscar el matrimonio como objetivo primordial. Elena menciona que su mamá deseaba ser candidata al reinado de belleza, “pero como ya era novia de Papi, él le dijo que escogiera entre el reinado y el matrimonio. Mami escogió y se quedó con marido y sin corona” (Galvis, 1994, pp. 241-242). Por su parte, Carlota debe dejar sus estudios en Bellas Artes para casarse con Esteban. Una vez casada, “debía ponerme a arreglar la bendita casa [...] por obligación” (Araújo, 2007, p. 18).

En consonancia con los planteamientos de Levinton (2000), estas madres, aun desde su aparente pasividad, constituyen los modelos primarios de identificación para las hijas (p. 122); lo que sitúa a la relación madre-hija como central en la reproducción —y eventualmente en la transformación— de los mandatos de género. Una vez casadas, las mujeres deben dedicarse a esperar “no sé cuántos meses de embarazo” (Araújo, 2007, p. 19), porque la maternidad es una función biológica y un rol social que hace parte de los mandatos de género que, para Chodorow (1984), “se reproduce de generación en generación” (p. 14) y determina la localización de las mujeres en el espacio doméstico, en contraste con el espacio público asignado culturalmente a los varones. “La desobediencia de la normativa que opera como prescriptiva, tendrá consecuencias tanto en lo intersubjetivo, [en la medida que las mujeres reciben diversos tipos de censuras o castigos], como en lo intrapsíquico, ya que la significación que corresponde al incumplimiento de las normas es el sentimiento de ‘ser mala’” (Levinton, 2000, p. 136).

Precisamente, Carlota se refiere a estas actitudes de desaprobación cuando su interés se centra en dibujar, que es lo que realmente ella quiere hacer: “A tío Rafa siempre le molestó que perdiera tiempo dibujando en vez de dedicarme a algo que me ayudara y me entrenara [...] para las rutinas de administrar una casa [...] y recibir sonriente a un marido” (Araújo, 2007, p. 19). En este mismo sentido, en *Sabor a mí*, Elena relata una reunión de las amigas de su mamá en el Club, en la que

deciden redactar una carta que enviarán a Ingrid, otra de sus amigas, quien decidió divorciarse de su marido. La carta no solo será enviada a Ingrid, sino también “al marido y a los periódicos, para que el mundo se entere de que todas las mujeres decentes condenamos el escándalo” (Galvis, 1994, p. 62). En esta escena se subraya que aquellas que toman la decisión de separarse de sus maridos y empezar una nueva vida son sometidas al escarnio público, y que las mismas mujeres se encargan de someter a juicio social cualquier situación que se salga del código moral establecido por la religión y que atente contra el modelo de la familia como era conocido.

Con esta exposición pública, las mujeres también buscaban dar ejemplo a sus hijas de lo que no se debe hacer y de las consecuencias de faltar a la moral cristiana y la decencia pública. En la discusión que se genera durante el proceso de escritura de la carta se leen expresio-

Las hijas comienzan a construir una distancia crítica que, en el caso de estas novelas, se canaliza a través de la escritura. En palabras de Kristeva (2001), es “la capacidad de sacarse de encima a la madre” lo que permite al *infans* ganar autonomía, diferenciarse de ella y, así, constituirse como sujeto (p. 149).

nes como “su vida licenciosa es un ejemplo escandaloso para nuestras hijas”, “nuestra voz de protesta [...] es la voz de todas las mujeres decentes del mundo”, “usted ha defraudado la fe de su esposo [...]”, “le exigimos que públicamente le pida perdón a su esposo, que siendo un hombre bueno y generoso, no dudará en otorgárselo” (Galvis, 1994, pp. 69-70). Estos comentarios dan cuenta de la violencia del discurso, desde seres humanos que comparten el mismo género y de quienes podría esperarse solidaridad, contra una mujer que decide ejercer su autodeterminación para terminar con un matrimonio donde no es feliz.

En todo caso, estas representaciones no son unívocas. Las protagonistas empiezan a detectar las fisuras en ese modelo del rol de las mujeres. Respecto a la maternidad, en una conversación de Ana con Trinidad, la empleada de la casa, la niña le dice que no es cierto eso de que “un hijo [es] lo más grande que puede sucederle a una mujer en la vida” (Galvis, 1994, p. 98), porque “el otro día que mi Mamá estaba hablando con mi tía Julia, les oí decir a las dos que antes de quedar embarazadas otra vez, preferían que se las echaran a las fieras o que se las comiera la tierra” (Galvis, 1994, p. 98). En el caso de Carlota, ella misma se cuestiona si nació para ser madre: “¿Sería que no nací para parir? (Araújo, 2007, p. 21). Y, en su relato, resta romanticismo al periodo de gestación: “Como se me vino una [preñez] encima de la otra, pasé casi tres años en esas,

[...] aterradísima del parto [...] me parecía una injusticia que todas las hembras del mundo tuviéramos que pasar por tamaño trance” (Araújo, 2007, p. 21).

De igual forma, Carlota relata sin idealización su experiencia como madre una vez nacen sus hijos: “Los primeros meses del bebé eran eso, una pesadilla” (Araújo, 2007, p. 22), junto con la soledad en la que vivía todo ese proceso, porque, como le explica a Elisa: “Todo esto, Eli, no lo puedo desembuchar sino ahora. En aquellos tiempos ni modo. La maternidad era sagrada” (Araújo, 2007, p. 24). Y debían guardarse las apariencias, lo que genera un sentimiento de culpa en Carlota: “Yo andaba pidiendo perdón de sentirme tan mal cuando me embarazaba [...] Después, al amamantar sonreía, aunque me fregara con la mastitis o la inflamación en las tetas. Sin embargo, eso siempre era a puerta cerrada” (Araújo, 2007, p. 24).

Estas voces testimonian un movimiento de resistencia simbólica frente al ideal tradicional de la mujer abnegada. Si bien los mandatos persisten, también emerge la posibilidad de interrogarlos. Como lo plantea Dio Bleichmar (1997), “la madre es el modelo de identificación primaria y secundaria de la niña” (p. 75), una figura con la cual esta tiende a fusionarse inicialmente, viviendo “el paraíso de ser igual al ideal” (Dio Bleichmar, 1989, p. 87). Pero, en la medida en que esa idea muestra grietas —deseos reprimidos, frustraciones, contradicciones—, las hijas comienzan a construir una distancia crítica que, en el caso de estas novelas, se canaliza a través de la escritura. En palabras de Kristeva (2001), es “la capacidad de sacarse de encima a la madre” lo que permite al *infans* ganar autonomía, diferenciarse de ella y, así, constituirse como sujeto (p. 149).

En suma, las protagonistas no solo reproducen los mandatos que les son transmitidos, sino que, al nombrarlos y representarlos desde la intimidad de sus diarios y cartas, abren un espacio de subjetivación alternativo. A través de esta distancia, no niegan a sus madres, pero sí resignifican su legado. La transmisión intergeneracional del género, en este contexto, se presenta como un proceso conflictivo, abierto a la crítica, la reflexión y la reescritura de la identidad femenina.

Con esto en mente, para la época descrita en las novelas, todo lo relacionado con la formación de las mujeres significa, fundamentalmente, “sustraer a las jóvenes de los peligros de la pasión amorosa y guardarlas con pureza de cuerpo y de alma para el augusto sacramento del matrimonio” (Burin, 1987, p. 87). Para cumplir con este propósito fue fundamental el control que tuvo la Iglesia católica del sistema educativo. Galvis y Araújo ponen en evidencia que esta Iglesia hizo uso de su presencia en

la escuela para transmitir una valoración negativa de la mujer, justificada en su sexualidad concebida como pecaminosa y sucia. A continuación, reviso en detalle esta situación.

La escuela

Para comprender el papel de la escuela en la construcción de la identidad de las protagonistas, es necesario contextualizar el marco histórico en el que se consolidó la relación entre la Iglesia católica y el Estado colombiano a finales del siglo XIX. Esta alianza se formalizó con el proyecto político conocido como la Regeneración, liderado por el presidente Rafael Núñez (1825-1894), cuyo propósito era cambiar la organización que tenían el Gobierno y la sociedad colombiana, y donde el catolicismo se consideraba un poderoso elemento de estabilidad y de cohesión para el país. Las ideas de la Regeneración se plasmaron en la Constitución Política de 1886 y, posteriormente, en el Concordato firmado con la Iglesia católica en 1887; este acuerdo otorgó a la Iglesia reconocimiento, autoridad espiritual y libre ejercicio eclesiástico, además, determinó que la educación en escuelas, colegios, universidades y cualquier otra institución de enseñanza pública se organizara y dirigiera en conformidad con los dogmas y la moral de la religión católica (Concordato, 1887, Art. 12).

Es a través de este acuerdo que la Iglesia católica recibe la misión de recristianizar el país mediante el culto y el monopolio de la enseñanza primaria y secundaria, con lo que se convierte en la religión oficial y la principal fuerza intelectual del país, encargada de reinstaurar un régimen confesional que perduró hasta la Constitución de 1991. La autoridad de la Iglesia católica se ve reflejada no solo en las instituciones educativas, sino también en que su amplia injerencia moldeó las costumbres, las tradiciones y los valores de la sociedad, así como también aspectos de la conducta personal y privada de la ciudadanía. En este contexto, la educación de la mujer queda en manos de las órdenes religiosas, cuyo objetivo era formar mujeres que pudieran cumplir el papel tradicional de esposa o madre de familia, o bien el de hermanas de órdenes religiosas o maestras de enseñanza primaria. Este modelo educativo respondió a una visión misógina y restrictiva, donde el cuerpo femenino fue objeto de vigilancia y control, y la formación moral se orientó a reprimir el deseo y exaltar la castidad.

Bajo estas circunstancias, en sus relatos, las protagonistas evidencian cómo la escuela funcionaba como una extensión del aparato ideológico católico. En las instituciones educativas, las estudiantes son impregnadas de la ideología de la Iglesia católica sobre el cuerpo, la virginidad, la castidad, el matrimonio, entre otras, sostenidas por una narrativa que

oscilaba entre la condena al pecado original heredado de Eva y el culto a la Virgen María. Observo que este discurso impera en el imaginario de la sociedad colombiana descrita en las novelas analizadas y que su ideología misógina conformó la mentalidad de mujeres y hombres de la época. En general, el discurso negativo de la Iglesia sobre el cuerpo, pero con mayor severidad sobre el cuerpo de la mujer, impuso valores morales vinculados a la idea de la castidad, la abstinencia y una falsa representación de la corporalidad de las mujeres como pecaminosa y sucia. La religión aprovechó su presencia en la escuela para educar mujeres devotas que sumía en la ignorancia sobre las características específicas de su cuerpo y les proporcionó medios para controlar su deseo, para asegurar su virtud, la sumisión a la figura masculina y la resignación a su destino.

En cuanto a esto, en las novelas estudiadas, noto que los miembros del clero y las monjas que participan en la formación de las protagonistas en la escuela les enseñan que las mujeres tienen una parte en su cuerpo que “es pecado tener” (Galvis, 1994, p. 235) ¿Quizá la vulva con toda su relación con el placer de las mujeres? Ante esta desventura corporal, que podía representar un peligro sexual para el otro sexo, las estudiantes son instruidas para mantener una actitud de honesto recato al vestir, incluso, mientras duermen, lo que implicaba usar “pijamas de dos piezas, blusa y pantalón, ambos holgados y de algodón [...] evitar los materiales transparentes” (Galvis, 1994, p. 256). Para las solteras estaba totalmente desaconsejado dormir con camisón porque “siempre tiene a enrollarse hacia arriba y dejar al descubierto lo que más debería estar oculto” (p. 256). Además, al dormir las manos deben estar a los lados y no tocar ninguna parte del cuerpo, porque “las personas, sean hombres o mujeres, que se tocan el cuerpo con propósito distinto de asearlo o curarlo [...], ceden a la tentación del demonio” (p. 257). Todas estas instrucciones y restricciones se circunscriben especialmente a las solteras, pues, al enmarcarse en el sacramento del matrimonio, algunas de estas

Finalmente, otro tema es la separación de las protagonistas de su entorno de origen como condición para su realización como seres autónomos y la búsqueda de un espacio donde poner en juego su deseo.

acciones dejan de ser pecado mortal, porque a partir de la noche de bodas debe cumplirse el deber de esposa y todo lo que antes no tenían permitido se convierte en obligatorio. Tal parece que esta ambigüedad en el discurso sobre la sexualidad de las mujeres responde a una ideología de la Iglesia católica; así se puede confirmar con las palabras de Cabrera (2007) respecto a la visión de esta Iglesia en España sobre el tema:

El discurso católico y el modelo propuesto por la iglesia para las mujeres se comprueba a su vez que era tremendamente desorientador y contradictorio; la virginidad era ensalzada y el sexo denigrado, pero después, en el confesionario, se le decía a la mujer casada que debía estar dispuesta a los deseos del marido, pues si no era así podían incurrir en grave pecado (p. 5).

Justamente, Monseñor Romelio le advirtió a Carlota en una confesión: “Aunque yo no quisiera” (Araújo, 2007, p. 14) ella debía cumplir con el deber conyugal de estar disponible sexualmente cuando su marido lo requiriera. En su rememoración, Carlota cuenta a su prima que antes de casarse fue a visitar a la directora del colegio como lo hacían todas las exalumnas. Consciente de la ignorancia con que crecen las estudiantes respecto a su propia sexualidad, Doña Juana le dice en tono “bajito” a Carlota que “el hombre mete su miembro entre la vagina de la mujer”, como si fuera un secreto, algo de lo que no se habla. Carlota confirma su falta de conocimiento sobre el tema:

“Maldita”, dice refiriéndose a Doña Juana, “yo [...] sin poder imaginarme nunca lo que sería el tejemaneje de la luna de miel [...] preguntaba en [...] esa cama revolcada, toda tembleque y con la entrepierna como desollada, cuáles serían los placeres de la carne, qué estafa” (p. 14).

En este contexto, el cuerpo femenino es consagrado simbólicamente al matrimonio y la maternidad. La escuela, junto con la Iglesia, se convierte en un mecanismo de formación de subjetividades dóciles, donde las niñas aprenden a negarse como sujetos deseantes. Estas instituciones disponen de instrumentos dirigidos al cumplimiento de sus objetivos. Uno de estos mecanismos de control es la confesión, que se utiliza para vigilar y controlar que las estudiantes lleven una vida digna y virtuosa. Como lo señala Tubert (2001), la confesión católica es un dispositivo de control discursivo: al transformar el deseo en palabra, lo somete al poder (p. 61). Según describen las protagonistas, el sacramento de la confesión no solo tiene un fin reconciliatorio con Dios, sino que se convierte en estrategia de supervisión y represión. Así, por ejemplo, Carlota le explica a Elisa cómo este espacio se convertía en un interrogatorio sobre los aspectos más íntimos de su vida:

Monseñor Romelio andaba preguntándome a cada rato en la confesión si al hacer eso [besarse con Esteban, su novio] se me mojaban los calzones y cuando yo asentía me decía que era pecado y yo no debía dejar que se repitiera antes de la noche de bodas en que era obligatorio, aunque yo no quisiera (Araújo, 2007, pp. 13-14).

Sobre esto, Dio Bleichmar (1997) reconoce que en la confesión podría ocurrir que “la niña [...] se [viera] sumida en un movimiento deseante en el cual ella no ha sido el agente: en un momento en que su mente estaba dirigida a otro foco una mirada la sorprende, la perturba y la excita” (p. 379). Para ejemplificar las palabras de Dio Bleichmar, retomo el recuerdo de Ana cuando durante una confesión el sacerdote le pregunta: “¿Te has mirado tus partes íntimas? [...] ¿Cuándo te bañas te tocas o te miras tus partes íntimas? (Galvis, 1994, pp. 138-139). Sin embargo, la mirada del padre cambia el foco de Ana respecto a un acto natural y cotidiano como es lavarse el cuerpo. Después de esta confesión, la niña reconoce “que tenía partes íntimas y que uno se las podía mirar y tocar, pero cometía pecado. Se lo dije a Elena y a ella también le interesó mucho el descubrimiento que nos había hecho el padre Almeyda” (p. 140). Sobre esta situación, Dio Bleichmar (1997) sostiene que esto “curra a cielo abierto” (p. 379) porque, al final, la confesión es un mecanismo de control aprobado socialmente. Por otra parte, la autora afirma que, si la niña “llega a explorar sus genitales o hacer el mínimo gesto en torno a ellos” (Dio Bleichmar, 1997, p. 379), es calificada y autodefinida como comportándose de una manera inapropiada, a pesar de que el despertar a este interés provenga de la misma fuente que se lo prohíbe (Dio Bleichmar, 1997, p. 379). En el relato de Ana, esta situación se observa cuando el sacerdote pide a la niña prometerle “a Nuestro Señor no volver a cometer esos feos pecados que son como heridas que le causas en su Divino Corazón” (Galvis, 1994, p. 139), y le recuerda que “cada vez que cometes un pecado contra la pureza, Cristo Nuestro Señor derrama lágrimas de sangre, como en el Monte Calvario cuando el centurión le atravesó el costado con la lanza” (p. 139).

De este modo, la sociedad, a través de la Iglesia católica, en este caso, instaura pautas de conducta consideradas aceptables (o no) que sitúan a las protagonistas en “un déficit de dominio y de iniciativa que afecta a su cohesividad y autoconfianza” (Dio Bleichmar, 1997, p. 379); además, estos contenidos morales y éticos recibidos de la cultura contribuyen a configurar su identidad. En realidad, más que una prohibición al conjunto de su sexualidad, la niña recibe una amenaza de efectos poderosos porque está directamente relacionada con el eje de la identidad, es decir,

la cultura determina acciones, actitudes, entre otras, que “no es de niñas” hacer o tener (Dio Bleichmar, 1997, p. 375). A través de mecanismos simbólicos y materiales como la escuela y la confesión, se construye una feminidad regida por la obediencia, la pasividad y la abnegación. Las protagonistas de las novelas, al narrar estas experiencias, visibilizan los efectos de estos dispositivos de poder en sus vidas y cuerpos, y permiten comprender cómo la subjetividad femenina se constituye en un entramado de normas, prohibiciones y contradicciones.

Reflexiones finales

He retomado apartes significativos de las novelas de Galvis y Araújo para mostrar que, como sostiene Levinton (2000), los mandatos de género son transmitidos inicialmente a través de la madre, quien se ocupa de marcar las pautas ligadas a organizar la vida cotidiana, generar frustraciones y atribuir una valoración específica a la obediencia de estas. Si la obediencia a tales mandatos es recompensada, la niña no solo incorpora el contenido del ideal que se le presenta, sino que también asume que “obedecer es ser buena, y que cuando es buena se le premia con una demostración de amor” (Levinton, 2000, p. 135). Las novelas de Galvis y Araújo evidencian que este mecanismo establece un código de autocensura que ya no requerirá de la presencia del personaje exterior que aplique la regulación. En *Sabor a mí*, Elena, al hacer referencia a su futuro profesional, manifiesta que “le gustan más las cosas que tienen que ver con los números, como la contabilidad” (p. 20); no obstante, reconoce que no piensa mucho en seguir estudiando porque “Papi dice que no hay nada más detestable en este mundo que una mujer metida a hombre y que las mujeres sabihondas son peores que los hombres ignorantes” (Galvis, 1994, p. 19). Además, a ella le han dicho que su “vocación es ser reina” (p. 161) en el certamen nacional de belleza y casarse con un buen partido que podrá conseguir después del reinado. Aunque Elena no está muy convencida de que eso es lo que quiere, al final, cumple con lo esperado de ella socialmente.

Después de este recorrido por las novelas de Galvis y Araújo, destaco que, en cuanto al proceso de configuración de la identidad de las protagonistas, las escritoras hacen una profunda indagación sobre el proceso de maduración de una niña que se caracteriza por una constante curiosidad, que lleva a las protagonistas a una aguda observación de su entorno, pero también a una búsqueda interior, a rebelarse ante los modelos establecidos, a denunciar la situación de la mujer en la sociedad patriarcal, a resistir y a proponer otra manera de estar en el mundo como individuos y sujetos mujeres. Claro está que este nivel de introspección

y concienciación emerge, generalmente, tras atravesar una situación de crisis personal. Ana, por ejemplo, es enviada a un internado a Canadá para evitar el escarnio público al que se ve sometida la familia después de que la madre los abandonara por irse con su novio piloto. En estas circunstancias, su padre la motiva a “aprender” (Galvis, 1994, p. 283), a “estudiar algo importante”, y su profesora Marie, desde que supo que Ana quiere ser escritora, le presta todos los libros que ella quiere. Ana descubre en la escritura un espacio de afirmación y de emancipación. Al abandonar su contexto cultural de origen, dominado por valores tradicionales, su realización en el ámbito doméstico pasa a un segundo plano y su deseo de ser escritora, al plano principal.

Las protagonistas muestran cierto nivel de rebeldía frente a las expectativas tradicionales y conservadoras de su rol en la sociedad y buscan espacios considerados propios de los varones o no aptos para mujeres —como la lectura, la escritura—, para mostrar con actos su inconformismo y su deseo de cambio. A partir de esto, afirmo que las prescripciones de género transmitidas, si bien influyen en su desarrollo, no son determinantes en el destino de las protagonistas. En este proceso de construcción de su identidad y de consolidación de una voz propia, la escritura —de diarios y cartas— se convierte en un lugar para el encuentro consigo mismas, para la reflexión y la comprensión de la historia del país, del círculo familiar al que pertenecen, poner en tela de juicio

todos los principios morales que la sociedad patriarcal les ha hecho interiorizar, reconstruirse a ellas mismas y, después, dejarles ver la luz y exigir cambios.

En este proceso, vemos a estas jóvenes configurar su identidad por oposición a lo esperado: sólidas y decididas a incubar procesos de cambio, corporizar nuevos comportamientos, frágiles en el proceso, solitarias sin modelos nutricios a la vista, y tolerando las sanciones y los castigos por sus conductas “descarriadas”. De esta manera, la literatura se erige como un instrumento de denuncia, emancipación y lucha permanente, como un archivo y una memoria de la experiencia del ser mujer. Tatar (2023) sostiene que “cuando las mujeres empiezan a escribir, la historia cambia” (p. 18). Esta afirmación sintetiza uno de los aportes más importantes de este

Las protagonistas encarnan distintas formas de posicionamiento frente a estos mandatos. Ana y Elisa, a través de la escritura y el cuestionamiento activo, se rebelan contra el destino prescrito, mientras que Elena y Carlota adoptan posturas más sumisas, con las que internalizan los ideales sociales y se resignan al cumplimiento de los roles tradicionales, como el matrimonio con “un buen partido” dentro de su misma clase y raza.

proceso de análisis: al profundizar en la producción literaria escrita por mujeres e indagar sobre los contenidos de género transmitidos en el contexto histórico y social en el que se enmarca la diégesis, se contribuye al propósito inicial de Galvis y Araújo: dar voz a las mujeres de su generación y cultura. A través de las protagonistas de sus novelas, las escritoras arrancan los valores patriarcales interiorizados, reescriben unos nuevos que se validan con sus actos, y evitan que se reproduzca la imagen de la mujer como ángel del hogar¹ y guardiana de lo que era considerado como las buenas costumbres.

Además de las condiciones sociales y culturales que configuran la identidad femenina en estas novelas, resulta fundamental reconocer el papel que desempeñan los mecanismos internos de censura y la moral interiorizada en este proceso. Como afirma Levinton (2000) en su propuesta, la subjetividad se estructura no solo en relación con el otro y con el orden simbólico, sino también mediante la incorporación inconsciente de normas, prohibiciones y mandatos que regulan el deseo y la conducta. En este sentido, las protagonistas no solo se enfrentan a un entorno externo opresivo, sino que también deben lidiar con una vigilancia interna que limita sus acciones, muchas veces sin necesidad de una figura que las controle explícitamente. Esta regulación interiorizada —como lo evidencia la obra de Levinton— se manifiesta en la culpa, la autoexigencia y el miedo a transgredir, y se convierte en un obstáculo subjetivo para la emancipación. Por ello, la búsqueda de una voz propia implica también desmontar ese aparato moral que se ha incorporado desde la infancia, y que funciona como una extensión del orden patriarcal en su mundo interno.

Muchas cosas quedan por hacer. Sería relevante contrastar la transmisión de los contenidos de género y la configuración de la identidad femenina en otras geografías, especialmente en América Latina, así como también, bajo estas mismas temáticas, abrir una ventana de tiempo más amplia que permita observar la evolución reciente. Igualmente, podría indagarse sobre el uso de determinadas formas de escritura (diarios, cartas, entre otros) para construir la subjetividad femenina y que, al mismo tiempo, podrían deconstruir formas tradicionales de expresión masculina (como ocurre, por ejemplo, con el *Bildungsroman*). Finalmente, otro tema es la separación de las protagonistas de su entorno de origen como condición para su realización como seres autónomos y la búsqueda de un espacio donde poner en juego su deseo. ◆◆◆

¹ Esta idea fue acuñada y popularizada a partir del poema *The Angel in the House* (1854) del poeta inglés Coventry Patmore

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Araújo, H. (2007). *Las cuitas de Carlota*. Hombre Nuevo Editores.
- Bilbao, M. (2023). *El ideal del Yo femenino*. [Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid]. <https://hdl.handle.net/20.500.14352/103180>
- Bleichmar, H. (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Paidós.
- Burin, M. (1987). *Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental*. Grupo Editorial Latinoamericano.
- Cabrera, M. (2007, del 19 al 22 de octubre). Mujer, 'violencia' del discurso de la Iglesia: 'feminismo católico' en España, 1900-1930 [ponencia]. XI Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia. San Miguel de Tucumán, Argentina. <https://cdsa.aacademica.org/000-108/66>
- Chodorow, N. (1984). *El ejercicio de la maternidad*. Gedisa.
- Concordato (1887, diciembre 31). Concordato celebrado entre la santa sede y la república de Colombia https://www.cec.org.co/sites/default/files/WEB_CEC/Documentos/Documentos-Historicos/1973%20Concordato%201887.pdf
- Contreras, A. (2025). La crítica literaria de Helena Araújo como escritura en contra. *Literatura: teoría, historia, crítica* (27)1, 45-76. <http://doi.org/10.15446/lthc.v27n1.116799>
- Corbo, G. (2007). Apuntes acerca de la violencia doméstica. ¿Qué puede esclarecer la interrelación psicoanálisis-estudios de género a la comprensión del problema? *Relaciones*, 280. https://querencia.psico.edu.uy/revista_nro10/gonzalo_corbo.htm
- Dio Bleichmar, E. (1989). *El feminismo espontáneo de la histeria*. Fontamara.
- Dio Bleichmar, E. (1997). *La sexualidad femenina. De la niña a la mujer*. Paidós.
- Errázuriz, P. (2012). *Misoginia romántica, psicoanálisis y subjetividad femenina*. Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Fayad, L. (2007). Helena Araújo y los cambios en la narrativa colombiana. *Rinconete*. https://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/octubre_07/29102007_01.htm
- Galvis, S. (1994). *Sabor a mí*. Arango Editores.
- Hall, E. (2004). *Subjectivity*. Routledge.
- Kristeva, J. (2001). *El genio femenino. 2. Melanie Klein*. Paidós.
- Lagarde y de los Ríos, M. (2011). *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Horas y Horas, la editorial.
- Levinton, N. (2000). *El superyó femenino. La moral en las mujeres*. Biblioteca Nueva.
- Sánchez, M. (2020). De la 'educación sentimental' a las representaciones históricas del cuerpo femenino en *Ganarse la muerte* de Griselda Gambaro y *Las cuitas de Carlota* de Helena Araújo. En A. Pérez Bernal (Coord.), *De la impotencia al poder-no. Tópicos de la resistencia en la cultura iberoamericana* (pp. 215-234). Universidad Pontificia Bolivariana. <https://investigacion.upb.edu.co/es/publications/de-la-educaci%C3%B3n-sentimental-a-las-representaciones-hist%C3%B3ricas-del>
- Tatar, M. (2023). *La heroína de las 1001 caras*. Koan.
- Triviño, C. (2019). Silvia Galvis, *Sabor a mí*. *Escritoras y escrituras*. <https://consuelotriviñoanzola.blogspot.com/2019/05/escritoras-y-escrituras-viii-silvia.html>
- Tubert, S. (2001). *Deseo y representación. Convergencias de psicoanálisis y teoría feminista*. Síntesis.
- Uribe, G. (2000). *Sabor a mí: La reescritura de la historia en un entramado palimpséstico*. *Revista UIS*, 29(2), 18-26. <https://revistas.uis.edu.co/index.php/revistahumanidades/article/view/1799>